

tor, enteramente diferente por sus condiciones fisiológicas y por su fin natural. Su acción, aun cuando inconsciente, es innegable. Se presentan aquí muchos problemas demasiado delicados y complejos para que sea posible tratarlos de pasada; pero pienso que la psicología de los autores, que reducen todo á un erotismo desviado, es demasiado simplícista y en modo alguno aplicable á todos los casos. Sin insistir acerca de este punto, cuya discusión profunda sería demasiado larga, tenemos desde ahora los elementos de una pequeña novela del amor, bastante débil, de una naturaleza especial, pero fundamentalmente afectiva. El exámen de un caso particular aclarará las generalidades que anteceden.

Elijo una mística del siglo xvii, de la que después se ha obtenido gran partido con miras diferentes á las nuestras: Margarita María Alacoque. Conviene por su sencillez misma. No creo que hasta hoy se halla ocupado de ella con continuidad un sólo psicólogo (1): el ejemplo clásico es siempre Santa Teresa que, preciso es confesarlo, tiene bastante más fuste.

(1) Los documentos históricos y psicológicos no faltan. Á más de su «Mémoire», dos obispos han escrito su biografía: Mgr. Languet (de la Academia francesa), en el siglo xviii; Mgr. Bougaud recientemente. Las citas están tomadas de la 10ª edición de su *Vie de la bienheureuse Marguerite-Marie*. París, Poussielgue, 1900. Consultense principalmente las páginas 141, 156-159, 232-34 y siguientes 295, 250, 311, 324. Los capítulos VI, VII y IX, son los más interesantes para su psicología.

Cabe seguir, con Margarita María, el desarrollo y las etapas de un ensueño encantador, en medio de múltiples sufrimientos, porque es—notémoslo al paso—un caso bien claro del estado llamado «placer del dolor». Ruego al lector note con cuidado la progresión ascendente de esta novela mística.

Desde la edad de seis años «toda su felicidad consistía en pasar horas en oración. Jesús se le aparecía y no se admiraba de ello, bajo la figura de un Crucificado ó de un *Ecce Homo*».

Bastante más tarde, entra en el convento, no sin luchas. Novicia, su «único pensamiento era saber cómo podría crucificarse lo bastante por aquél que se había dejado crucificar por ella. Sintió encenderse un tan ardiente deseo de sufrir, que ya no la dejaba reposo».

El día que toma el hábito, «mi divino Maestro me hizo ver que era aquel el momento de nuestros esponsales, y que al modo de los amantes más apasionados, me hacía gustar lo que había más dulce en la suavidad de las caricias de su amor. Y, en efecto, fueron tan excesivas, que muchas veces me ponían fuera de mí y me hacían incapaz de obrar».

Finalmente, pronuncia sus votos. Entonces el Señor se le aparece y le dice: «Hasta aquí no era más que tu prometido, á partir de hoy quiero ser tu esposo». La prometió tratarla como á una esposa «y empezó á hacerlo de un modo que me siento incapaz de expresar, y del que diré sola-

mente que me hablaba y trataba como á una esposa del Tabor».

Luego vienen sus grandes revelaciones. En la primera dice: «...Me abandoné á este divino espíritu, entregando mi corazón á la fuerza de su amor. Me hizo reposar mucho tiempo sobre su divino pecho, donde me descubrió las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su sagrado corazón, que me había ocultado siempre hasta entonces y que me abrió por vez primera». Sigue una descripción del corazón divino más brillante que el sol, etc. En la segunda: «Me pidió mi corazón, el cual le supliqué que tomara, lo que hizo y le puso en el suyo adorable, en el que me le hizo ver como un pequeño átomo que se consumía en este ardiente horno. Luego, retirándole, volvió á ponerle en el lugar donde le había tomado, diciéndome: he aquí, mi bien amada, una prenda preciosa de mi amor... Hasta ahora no has tomado otro nombre que el de mi esclava, en adelante te llamarás la discípula muy amada...» Hago observar que este cambio, que este trueque de corazón, se encuentra anteriormente en varias mujeres místicas que podrian nombrarse. ¿Es esta una tradición ó bien cada una lo ha inventado, por su parte, por efecto de una misma disposición apasionada?

Omito muchos otros pormenores: el nombre de Jesús grabado en su corazón con ayuda de una navajita; la sangre de la herida le servía para terminar y

firmar su testamento, etc. Me limito sólo á los documentos psicológicos.

Evidentemente, para quien prescinda de toda intervención sobrenatural, esta vida es un poema vivo, algo estrecho y monótono, en que la invención es bastante débil, pero formada casi por entero de materia emocional. Obra de un personaje único que se desdobra y se objetiva en su ensueño, encerrada en los límites estrictos de una creencia religiosa, la creación no puede tener la variedad de incidentes de una novela de amor humano. La materia afectiva es monocrorde: el amor, siempre el amor y de la misma especie; impulsos y depresión, períodos de ardor ó de sequedad con sus grados variables: fuera, casi no hay recursos posibles. ¡Qué diferencia con la posición del compositor genial y vibrante que tiene bajo su mano todo el teclado de las emociones humanas con sus matices infinitos!

Á más, la imaginación afectiva, en los místicos, tiene la desventaja de que no sale de su estado de fluidez interior, que puede entrar en formas que la entorpecen singularmente. Alucinaciones (ó imágenes) visuales, táctiles, motoras, cenestésicas: todo está cortado, ó al menos localizado, en el espacio. En verdad, las alucinaciones auditivas, las voces interiores ó exteriores, están libres de estas condiciones plásticas; pero las narraciones orales ó escritas se reducen á los procedimientos analíticos y descriptivos del arte literario: comparados con la vestidura tenue

y ligera con que el lenguaje de los sonidos envuelve los sentimientos en la creación musical, las formas de expresión de la creación mística, son bastante inferiores é insuficientes, á veces aún la acusan más que la sirven.

En suma, en los místicos, el amor es la causa de la invención; inspira y sostiene á los contemplativos en sus especulaciones, á los activos en sus obras de propaganda; pero no es más que un medio. Los casos precitados en que es á la vez el resorte y la *materia* de la invención, son excepcionales.

VII

Se ha debido notar la progresión descendente de los tres modos de imaginación afectiva anteriormente estudiados. De la creación musical—forma tipo—al arte simbólico y á la novela de amor místico, la riqueza y la complejidad de la obra producida van siempre disminuyendo: al mismo tiempo, la materia afectiva se empobrece y altera por la mezcla de elementos extraños.

Sería posible descender todavía más bajo y descubrir en la vida ordinaria ensayos, bosquejos de creación afectiva, estados intermedios entre la simple reproducción, repetición del pasado, y la combinación nueva, anticipación del porvenir. Son estas formas de transmisión que participan de la memoria afec-

tiva y de la invención afectiva. Así, el ensueño que el enamorado bosqueja interiormente para satisfacción de sus deseos, es una construcción imaginativa, formada ordinariamente de emociones representadas, de imágenes sensoriales y eróticas. El hipochondriaco borda una novela enfermiza en que las vagas reminiscencias de las sensaciones orgánicas, los matices y variaciones de dolor son los elementos con que compone el cuadro de su futura angustia (1). Estos hechos embrionarios y sus análogos (como el actor que crea la expresión emocional de su papel), nada nos enseñarían. Son demasiado simples, demasiado reducidos; con ellos solamente no se puede sospechar la fuerza y el alcance de la creación emocional; éstas sólo se revelan en los grandes casos.

Para terminar, podemos preguntarnos cómo esta forma especial de la creación imaginativa ha escapado á la atención de los psicólogos. En mi opinión, esta omisión se explica por varias razones.

(1) Estos hechos son una prueba indirecta de la existencia de una memoria afectiva propiamente dicha, que muchos psicólogos se obstinan todavía en poner en duda. Si la memoria de los sentimientos se redujera, como ellos pretenden, á la de las circunstancias y estados intelectuales concomitantes, tales construcciones serían imposibles. El que ha perdido la memoria visual no puede ya imaginar personas, monumentos, paisajes. De igual modo, el hombre incapaz de reavivar sentimientos, lo es de formar, *volviéndolos á sentir*, placeres ó dolores futuros, por ejemplo, los cambios que produciría en su vida la muerte de una persona querida. Puede prever, deducir, enumerar las privaciones que serían consecuencia de ella; pero *no las siente* en realidad; no hace más que pensar palabras.

Primeramente, el método en uso. La imaginación creadora, constructiva, la fantasía (con cualquier nombre que se le designe), ha sido mucho tiempo estudiada como «una facultad compleja» que se describía y analizaba, pero sin salir de las generalidades, salvo por algunos ejemplos tomados de las obras estéticas y de las hipótesis científicas. Este procedimiento es enteramente insuficiente. En efecto, la denominación «imaginación creadora», como todos los términos generales, es una abreviación y una abstracción. No existe imaginación en general, sino hombres que imaginan y lo hacen diversamente. Estas diversidades en la creación, por numerosas que sean, deben ser reductibles á algunos tipos; ahora bien, entre éstos, hay uno que he llamado *difusivo*, formado por imágenes de contornos vagos, indecisos, que son evocados y enlazados según los modos menos rigurosos de la asociación. Esto nos pone en el camino; porque prosiguiendo el análisis, se ve que la imaginación afectiva es una de sus especies.

Se podría invocar también otra razón: la insuficiencia actual de la psicología de los sentimientos; lo cual casi no se ha puesto en duda. Confieso que, por mi parte, habiendo estudiado en otro lugar la memoria, la abstracción y la generalización de las emociones, temas poco en boga entre los psicólogos, no había entrevisto aún la cuestión que ha dado lugar al presente capítulo.

Pero la razón decisiva y verdaderamente tópica,

es que en el desarrollo secular de la facultad de imaginar, la forma afectiva no se ha afirmado claramente, sino muy tarde: los ejemplos enumerados anteriormente son prueba de ello. Es la consecuencia de su naturaleza esencial. Ella supone el pleno desarrollo y aun la preponderancia de la vida interior bajo su forma sentimental, es decir, un fondo muy rico de emociones variadas, complejas, aptas para formar combinaciones, oposiciones y contrastes de toda clase. Recuerdo además la traba debida á los procedimientos de expresión por tanto tiempo insuficientes. Así, como muestra la historia, el poder creador del hombre, ha aplicado primero las imágenes plásticas (visuales, táctiles, motoras), ó los conceptos para construir obras de arte, teorías morales, científicas, inventos prácticos, mecánicos, etc.: bastante más tarde es cuando sólo con las imágenes y abstractos emocionales ha podido arriesgarse á construcciones de una naturaleza especial.

Bastantes otras cuestiones accesorias podrían ser tratadas: así el papel importante de los elementos motores y de las acciones inconscientes ó subliminares. Me abstengo de hacerlo, esperando haber logrado mi fin principal, y mostrado con hechos que, una forma de la imaginación creadora, tiene por materia estados afectivos y nada más que estados afectivos.